

El oficio del Buen Pastor

Jesús dijo a los fariseos: "Les aseguro que el que no entra por la puerta en el corral de las ovejas, sino trepando por otro lado, es un ladrón y un asaltante. El que entra por la puerta es el pastor de las ovejas. El guardián le abre y las ovejas escuchan su voz. El llama a las suyas por su nombre y las hace salir. Cuando ha sacado todas las suyas, va delante de ellas y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz. Nunca seguirán a un extraño, sino que huirán de él, porque no conocen su voz". Jesús hizo esta comparación, pero ellos no comprendieron lo que quería decir. Entonces Jesús prosiguió: "Les aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos aquellos que han venido antes de mí son ladrones y asaltantes, pero las ovejas no los han escuchado. Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará, podrá entrar y salir, y encontrará su alimento. El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir. Pero yo he venido para que las ovejas tengan vida, y la tengan en abundancia.

(Jn 10, 1-10)

Para tener en cuenta...

En Palestina, en tiempos de Jesús, los rediles, -estos lugares en donde las ovejas eran reunidas para pasar la noche, o para agruparlas en los momentos de descanso del pastor, al calor insoportable del mediodía, o para resguardarlas del ataque de los depredadores, lobos y ladrones, o simplemente para contarlas- eran comunales: todas las ovejas entraban al mismo recinto, por lo que cada pastor debía saber cuáles eran las suyas, y por tanto arreglárselas para tener algún modo distintivo de llamarlas al tiempo de entrar y salir de él, y carecían de puertas, por lo que cada pastor debía de colocarse en las distintas entradas y con su propio cuerpo proteger el rebaño impidiendo la salida de las ovejas y la entrada de los indeseables.

Éste es el cimiento cultural, sobre el cual se asientan las figuras de la puerta y del pastor que el Cuarto Evangelista pone en labios de Jesús en el comienzo del discurso del Buen Pastor. El "Discípulo a quien Jesús amaba" está escribiendo para una comunidad que ya no está tan cerca de la primera generación de seguidores de Jesús, que ya ha conocido los rigores de la persecución, que ha vivido la crisis del sacerdocio de Israel y el fin del culto en el Templo de Jerusalén, que ha conocido el fervor suscitado por los continuos advenimientos de autoproclamados "Mesías", característicos de los tiempos que rodearon al nacimiento del nuevo pueblo de la Iglesia y ha sido testigo de la aparición de desviaciones diversas en la enseñanza del camino propuesto por Jesús a los Apóstoles (por eso la insistencia en el tema de los ladrones y asaltantes).

La propuesta del Evangelista es entregar a su comunidad -y por cierto a la nuestra- una buena noticia que reviste varias facetas: la fidelidad absoluta de Jesucristo a la misión encargada por el Padre de cara a la humanidad: Él es la Puerta, por la cual se opera la entrada a la comunidad de los llamados a la vida; puerta que conduce a los pastos abundantes -la referencia al Bautismo y a la Eucaristía es patente- es Pastor que conoce bien su oficio y, de particular manera, al rebaño encomendado, con el que genera relaciones personales: él llama a las suyas por su nombre, es decir, conoce lo íntimo de su identidad, las conduce, y las ovejas lo siguen porque confían en su voz.

El discurso del Buen Pastor, va a ahondar en el tema de la escucha fiel, del reconocimiento y de la relación amorosa que se establece al prestar oído confiado y atento a la voz de Aquél que no busca

su propio afirmación, de Aquél que no quiere ni puede mentir; de Aquél, cuya voz la reconocemos como la voz del Pastor que ha salido a buscarnos para hacernos entrar con Él, en Él y a través de Él, a los fértiles pastos de la vida que no conoce ocaso.

Pastor que construye su relación con las ovejas en el sentido de la pertenencia y no de la propiedad: las ovejas ciertamente son suyas, la relación está asentada en el conocimiento amoroso y en el interés que cada una de las ovejas suscita en el pastor: las conoce y las llama por el nombre; y ellas reconocen su voz, una voz desde la cual no han de temer amenaza alguna; de alguna manera se han dado cuenta que esa voz no proviene de alguien que las considera su propiedad, algo que puede ser utilizado para su usufructo y provecho, para su propio crecimiento o su propio proyecto; el rebaño de este Pastor no es ganado anónimo, no es ganancia que acumule el Pastor para luego ser devorada por el mismo; la vida y el oficio de este pastor está en función de sus ovejas y no al revés, él es su pastor, su voz es la que suscita en ellas el confiado seguimiento, la voz de la que no huirían, la que siguen cuando las convoca, porque el rebaño ha aprendido en la mutua convivencia que, del mismo modo en que ellas pertenecen al pastor, éste, a su vez, le pertenece.

Pastor y Puerta que sabe conjugar la custodia con la libertad del rebaño, porque conoce la índole de las ovejas que le han sido encomendadas, y las deja "salir y entrar" confiado en que el rebaño es capaz de aprender a reconocer en Él, que lo llama a la vida "en abundancia" al mismo que llamó a cada una a la vida desde el principio, al mismo que -como el Cuarto Evangelio insiste desde sus primeros versículos- ha salido del Padre y ha bajado del cielo, para hacer entrar y subir a la creación entera de vuelta al amor del Padre, al proyecto de creación y salvación que es uno y el mismo desde el principio; confiado por tanto en que las ovejas serán capaces de resistir a la seducción de las otras voces que se alzan -por cierto atractivas- en cada recodo del camino que el rebaño ha de recorrer hacia los distantes pastos, los que sacian de verdad su hambre de verdad y amor.

Pastor, que entiende el don de la vida regalada al rebaño siempre en la perspectiva de un "todavía más", no se trata sólo para Él de empeñar por entero su vida para que las ovejas tengan vida, la mezquina vida e todos los días, sino para que la calidad de la vida de éstas alcance una plenitud insospechada, la "vida en abundancia".

La propuesta del Cuarto Evangelio reviste la misión de una denuncia, la que se hace mediante la oposición de la figura del pastor verdadero, fidedigno y legítimo, y los que son llamados en la comparación ladrones y asaltantes; quiénes son estos últimos, a los que el discurso del Buen Pastor viene a denunciar; son en primer lugar aquellos líderes mesiánicos, que como decíamos más arriba, abundaron en el agitado acontecer de las inmediaciones del siglo I en el territorio de Palestina e Israel, líderes que sucumbieron a la elocuente seducción del propio carisma y de los propios intereses, arrastrando en su ascenso impetuoso y caída a muchos que buscaban encendidas propuestas para poder darle relevancia y sentido a sus vidas.

Pero también es un crudo juicio a quienes instalados en la comodidad que da el estar a la vera de los altares, poseyendo ellos solos las claves del culto, dictando ellos solos las normas de lo correcto y de lo piadoso en materia religiosa, usaban y usan este poder sobre las conciencias, sobre el temor y la credulidad de la gente, para su propio beneficio y usufructo; por eso el verbo que va al centro de la tripe denuncia a la acción del ladrón que viene a secar provecho y a depredar del rebaño; el verbo, que en la traducción aparece simplemente como "matar", en el griego del original se

presenta con el inquietante verbo **Thūo**, que se usa normalmente en un contexto ritual, el verbo que indica la muerte en el sacrificio, el que da cuenta de las víctimas en el altar, el ladrón no es simplemente aquel que viene a matar al rebaño, sino aquel que lo ha estado explotando bajo pretextos religiosos, que ha estado abusando de la confianza puesta por los sencillos en su puesto de representante de Dios, aquel que ha estado devorando ávidamente al rebaño detrás de la máscara de la piedad, aprovechándose del legítimo anhelo de salvación de los más frágiles del rebaño.

La propuesta del Cuarto Evangelio es, sin embargo, también una invitación a la propia comunidad del Discípulo Amado, a quienes han de seguirlo en el oficio de pastor y a quienes formarán parte del rebaño: a estos últimos para que aprendan a discernir la presencia y la voz del Pastor, que no viene ofreciendo promociones de fácil, pero corto alcance, para tentarlo al seguimiento; pero cuya invitación -que no va a disfrazar las aspereza del camino- conduce de veras a la vida. Para que reconozcan en estos signos al pastor que intenta con sinceridad seguir al Pastor Eterno: que no se anuncia a él mismo sino a Aquél que lo ha enviado, que no viene a abusar de la confianza que le ha sido entregada por su rebaño; que no teme anunciar y conducir a la única puerta por donde se entra al redil -aunque ésta pueda parecer deslucida o estrecha para las pretensiones del presente tiempo- que no intenta él mismo -ni enseña a hacerlo- entrar saltando por encima de la cerca del redil, aunque parezca propio de audaces y digno del aplauso popular hacerlo de este modo.

A los primeros, a los que han aceptado el arduo oficio del pastor, la invitación es para que aprendan a caminar al paso del rebaño, y así darse el tiempo que requiere el conocerlo para amarlo; a confiar en que el tiempo empleado en el conocimiento del rebaño, conocimiento particular, inmediato, contacto personal, es infinitamente más rico que cualquier conocimiento general, que cualquier discurso, que podrá servir para escribir páginas y páginas, pero que no llena de sentido los instantes preciosos que sí los llena el escuchar ser cálidamente llamado por el propio nombre, el poder comprender a través del gesto oportuno, del abrazo cercano del amigo, lo que estamos entendiendo cuando le hablamos de un Dios de misericordia, de un Dios de amor que se juega la vida por la vida de los que Él ama tanto como para haberlos convocado a la vida.

Raúl Moris G. Pbro.